

CAPITULO XVII.

Tempestades del aire y tempestades del alma.

Mientras Filippo y Lucrecia combatian de esta suerte dentro de sí mismos y embargados por pensamientos tan diversos; Guido de Montaperto se encerraba en su castillo para huir del mundo y acariciar en secreto su venganza. La clausura de Lucrecia, cuadrábale más que ninguna otra cosa, despues de haberse frustrado su casamiento, porque al cabo, no se veía pospuesto á ningun otro mortal. Pero sobre este punto, guardaba allá en sus adentros innumerables recelos. Y debe decirse en honor de la verdad, y para descargo de nuestra conciencia de historiadores, que eran estos recelos fundadísimos. ¿Pues qué, la historia del fantasma no rondaba á la continua por los alrededores de su espíritu? ¿Pues qué, la herida que por tanto tiempo le postrara, podia en realidad atribuirle á nadie que no fuera un afortunado rival? ¿Pues qué, no sabia cómo mueven un alma las pasiones religiosas y cómo la mueve el amor? No tenia pues duda alguna de que su amada le sacrificaba en aras de otro hombre. Y como no tenia ninguna duda, preparábalo todo en su despecho para el pensamiento y el propósito que llenaba su vida, desde sus ideas hasta sus pasiones, para la venganza.

Habiase retirado á uno de sus castillos, erigido á la falda oriental del Apenino, sin duda alguna porque estaba más cerca de Prato que en su palacio de Florencia. Grandes recuerdos vagaban por tan agrestes sitios, recuerdos de esos que convierten, pronto en blasones heráldicos las familias feudales. Aquellas toscas piedras detuvieron en edad casi inmemorial la furia romana, y presenciaron el valor con que los etruscos sabian defender la raza de sus padres y la patria de sus dioses. Desde los aspilleros muros, tan espesos

y tan fuertes, descubriáanse á la derecha los feraces campos, en los cuales cayó Catilina, vencido por los patricios y los caballeros romanos, predecesores y ascendientes algunos de los Montapertos, si hemos de creer á esos pergaminos que no han mentido nunca, y que llaman árboles genealógicos. Lo cierto es, que allí mismo hubo una villa romana, donde nobles ciudadanos respiraban el aire puro y se divertian contemplando desde las vertientes meridionales del Apenino hasta las feraces llanuras de Toscana, pues, al venir los bárbaros, Totila, uno de sus capitanes ó de sus reyes, mandó destruir un lugar defendido con coraje que parecia más criminal á los vencedores, por lo mismo que contrastaba con la resignacion y cobardía de todos los vencidos. Troncháronse las columnas á la invasion, como al huracan los árboles, pero no tanto, que algunas de ellas no quedaran empotradas en la argamasa de los muros ó en las piedras ciclópeas de los fundamentos, á guisa de esos fósiles que anuncian y enseñan las edades del planeta. En tiempo de los carlovingios, aliados los dueños de aquellas ruinas con los papas y sus defensores de allende, pudieron entregarse á una obra de reparacion y fortalecerse contra las futuras avenidas de pueblos y de gentes. Los pedruscos, que rodaron, sacudidos por tantos terremotos, recompusiéronse de nuevo uno sobre otro, tomando el aspecto ceñudo de la guerra. Al pié de grandes cortinas de defensa, abríanse fosos hondísimos; y sobre las largas líneas, y entre las ladroneras, á trechos convenientemente calculados, elevábanse torres formidables que hacian de todo aquel sitio, un verdadero campamento en piedra.

Pero luego, como la tienda de un general en medio de las tiendas de su gente, y como las casas de una ciudad en el seno de sus murallas, elevábase el palacio construido por Montaperto é ideado para que fuera hogar de sus amores y templo de Lucrecia. A fin de que la hermosura de esta habitacion no chocara demasiado con la severidad de la cerca, presentaba el aspecto severísimo de los palacios florentinos. Sus fundamentos tenian tal espesor y profundidad, que bien pudieran compararse con las raíces de una montaña; su primer cuerpo tal rudeza, á causa de las piedras informes y toscas conque estaba compuesto, que diríase obra de la ciega naturaleza y no de la artística inspiracion; su segundo cuerpo tal armonía, que se aligeraba por el mayor pulimento de los materiales y gracia de las líneas, hasta sacar una parte de su ática belleza con grande arte de su colosal basamento; por último el cuerpo tercero tal hermosura que su realidad solo puede calcularse sabiendo su composicion de mármoles dorados por el sol, y esculpidos con cálices de azucenas y cabezas de águilas, á las cuales preservaba de las inclemencias del tiempo un alero de alerce donde habian puesto sus manos los primeros artistas de Florencia. En cuanto se atravesaba el patio, que algo tenia tambien de fortaleza, y se superaba la escalera, que algo tenia de sencillez militar, entrábase en aposentos de maravillosísimo lujo.

Veíanse allí suelos compuestos de piedrecillas de colores, á manera de mosaicos, y ornados de trecho en trecho con losas de porcelana que brillaban cual espléndidos cristales, revestimientos debidos á los jaspes y mármoles de Monte-Rantoli y de Monsummano, cuyos fuertes colores y caprichosas vetas deslumbran la vista; bóvedas estucadas con profusion tan grande como si hubieran florecido, segun los gayos y varios que eran sus colores, al soplo de la primavera; chimeneas talladas con mascarones y guirnaldas y adornos del Renacimiento; puertas con molduras juntadas por clavos que fingen cabezas de sátiros ó bacantes y con marqueterías cuyos matices rosáceos resaltan en la oscuridad del pino; verjas de bronce doradas y plateadas, mostrando en sus frisos superiores rosas á punto de abrirse, capullos de lirios entreabiertos, lises en toda su expansion, genios que pugnan por volar y aves que descienden á beber en tazas esmaltadas de una gracia in comparable; frescos pintados por Ucello en cuyos compartimientos parecocomo que se reproducen la fecundidad de los campos y se repiten las líneas del horizonte; doseles de terciopelo bordado ricamente cubriendo las altas sillas, reservadas para aquellos que tienen el privilegio de la soberanía; taburetes de ébano y marfil junto á cojines de púrpura y al pié de sillones, que elevan sus respaldos prodigiosamente esculpidos sobre asientos de áureo cuero cordobés, á su vez sustentados por piés que fingen las garras del buitre ó del milano; cofres pintados para contener los preciosos tesoros del pergamino y el libro; vasos de oro y mayólicas de Pisa; aquí una habitacion, donde se ven pintadas las nueve musas, apercibida para recibir á los escritores y á los poetas; allá otra, donde se ven pintados los penitentes, apercibida para recibir á los frailes y á los peregrinos; acullá otra llena de manoplas, de cascos, de lanzas, de adargas, apercibida para los guerreros; por todas partes el refinamiento y el lujo de un caballero empeñado en cautivar y encantar á una dama.

Ya puede adivinarse, sin necesidad de encarecerlo mucho, toda la tristeza con que entraria Guido solitario en el palacio donde habia soñado con la ventura y los placeres del amor. Ya puede imaginarse lo que le parecerian aquel castillo preparado para tener una castellana y aquellos salones preparados para tener una señora, completamente solitarios. Ya puede imaginarse como se despedazarian sus entrañas al ver su lecho nupcial aparejado, su mesa puesta. Cada uno de los objetos con que intentara sorprender á la preferida de su corazon, le inspiraria el dolor de los dolores, el dolor de las esperanzas frustradas y de las ilusiones muertas. Pasearia de aquí para allá pensando lo que hubiese podido ser aquel palacio habitado por su señora, y lo que realmente era. Unas veces rugiria de rabia y otras veces derramaria lágrimas. Ya se heriria con su guantelete de hierro la frente demandándole por lo menos olvido; ya se postraria ante un retrato de Lucrecia pidiéndole compasion. El caos de sus propósitos apareceria tan confuso como el caos mis-

mo de sus ideas. A veces pensaria en pasar el resto de su vida á las puertas del convento de Santa Margarita velándola, como un caballero andante sus armas; á veces en irse á Tierra Santa en peregrinacion para morir sobre desiertos no tan desolados como su corazon. Ya querria ceñirse el hábito de monje; ya entregarse á una orgía continua. Lo único en que estaba fijo aquel corazon combatido por la tormenta, era en la idea de su venganza. En todo lo demás, le enloquecia el dolor y le obligaba al desvarío.

¡Ah! Desde Florencia al Castillo sufriera horribles sufrimientos. Habiéndolo preparado todo para la recepcion de su esposa, no se acordó de revocar los preparativos, ni de decir una sola palabra acerca de su desgracia. Por esta causa la comarca ardía en fiestas, como si la castellana tomase posesion de su castillo. Los primeros en salir, los siervos, los cultivadores del terreno, vestian los trages dominicales y llevaban en las manos las ofrendas propias de los campos. Así, en cuanto divisaron el caballo de su señor, adornado con todas las preseas de tales ceremonias, corrieron á su encuentro con tanta rapidez y se arrojaron al suelo con tal acatamiento que parecian movibles alfombras. Un coro, ensayado por cierto juglar, y en cuyas estancias se celebraba el candor y belleza de la nueva señora, pasó de los oídos al corazon de Montaperto, como un relámpago de la felicidad que creyó tocar con sus manos y que se acababa de alejar tan rápidamente. Era la hora convenida para la entrada triunfal; y los que habian de celebrar cualquier ceremonia ó de ofrecer cualquier presente, ignorando todo lo sucedido, procedian como procedieran de estar realizada la boda. Faltan términos de encarecimiento para pintar toda la ira del caballero, viendo ensalzada como una dicha cierta su certísima desdicha. De haber podido, matara de un golpe á los desgraciados cuyo único crimen consistia en cantar su ventura! Con qué orgullo hubiera mostrado á aquellos vasallos adscritos á su servicio, obligados á cultivar sus propiedades, delante de la hermosa dama, cuyo amor tanto queria grangearse, y con que pena escuchaba ahora coros que cantaban dichas acariciadas, como seguras y no cumplidas! Este sentimiento le molestaba en tales términos, que sus acompañantes dispersaron los siervos; como los siervos suelen dispersar las ranas, á palos. Cánticos fúnebres de su agonía y no himnos de amor parecian al despechado Montaperto aquellos epitalamios ya sin razon y sin objeto. Sus ecos, pues, le desgarraban materialmente el alma que se retorcia como si estuviera tendida sobre un lecho de espinas.

Pero aun no acababa de dejar á los siervos, cuando salian en tropel los trovadores. Ricamente vestidos con trajes de escarlata, de tisú, de brocado, unos llevaban salterios, otros arpas, estos zampoñas, aquellos violines, y todos formaban una cadenciosa música consagrada tambien á mecer con sus cadencias la felicidad desvanecida bajo las bóvedas del templo. Al son de estas armonias recitaban en voz alta los mas tenidos por poetas, versos ins-

pirados por la religion del amor y compuestos para encarecer los placeres sin término de una boda dichosa. Y al mismo tiempo que los músicos así tocaban melodiosos instrumentos y los trovadores así decían versos amorosísimos, hacían los juglares juegos vistosísimos con aves enseñadas á evoluciones pintorescas y brutos perfectamente domesticados. Y tras estas comparsas venían las damas de honor vestidas con primor, y llevando cada una insignia destinada á Lucrecia para decirle que, si ella era la protegida natural del señor, también era la protectora natural de sus vasallos. Todas estas alegrías contrastaban con el lúgubre rostro de Guido Montaperto que las tomaba por burlas é irrisiones del destino, y en su furor, hubiéralas castigado á todas, cuando en justicia solo debió castigarse á sí mismo. Verdaderas ó fingidas, obras de su descuido ó empeños del acaso, todas aquellas fiestas naturales en su día y para su fin propio, resultaban ahora horribles pantomimas, las cuales hacían reír á todos por lo mismo ¡oh engañadora naturaleza humana! que hacían llorar á uno solo, poderoso caballero, burlado en su más empeñada empresa, y caído desde las cimas de sus ilusiones en triste realidad. Así es que la furia de Guido crecía en la misma proporción que los homenajes de sus rendidos vasallos. No hay nada tan contrario á la propia tristeza como la ajena alegría. Y los juglares representaban comedias gozosísimas, improvisadas por ellos, urdidas al aire libre, dichas sin previos papeles ni escrito alguno, y llenas de gracejo, pintando magistralmente las envidias de los villanos á los caballeros y las aventuras de un pobre diablo ido á Florencia y á quien despojaron de su mujer y de su bolsa, mientras contemplaba embebecido varios vistosísimos títeres. Para tales sátiras se encontraba en aquella sazón y en aquel momento el alma de Guido, amargada por la más triste realidad.

Y en tropel venían contra su persona los martirizadores de su espíritu y de su cuerpo. Preparara tales cosas; quisiera ostentar de tal suerte su lujo y sus riquezas que por todas partes aparecían nuevas comparsas de la boda y nuevos espectáculos de ruidosos festejos. Á los siervos, á los juglares, á los trovadores, á las damas de honor seguía lo que con razón podíamos llamar un ejército, el ejército de la caza. Resonaban, pues, con estrepitosa resonancia los cuernos y los clarines á guisa de infernal orquesta; ladraban y aullaban con singular algazara los perros ceñidos de cascabeles y campanillas en sus metálicos collares; las carretas apercebidas para recoger las víctimas rodaban con tales ramos de laurel y mirto y tantas y tan variadas clases de flores adornadas, que podían tomarse por jardines ambulantes; un coche dorado y esculpido, del cual tiraban tres parejas de caballos tordos, blancos y negros, cubiertos con mantillas purpurinas bordadas de perlas, aguardaban á la reina verdadera de la caza entre los pajes con sus cornetas rolladas á las espaldas y sus milanos atados por largas cintas de seda sobre el hombro, seguidos de los monteros que llevaban entre los

cascos de sus caballos husmeadores sabuesos y á las ancas aves de rapiña y rugientes leopardos; bandadas de halcones adiestrados, venidos ora del Oriente, ora de Marruecos, y con sonajas de Milan al cuello y anillos florentinos de oro á las patas, formaban y componían allá en los aires círculos pintorescos, estendidas las resistentes alas como en busca de la codiciada presa; los cazadores de á pié, su mosquete al hombro, su casco de cuero á la cabeza por campestres guirnaldas ceñido, sus botas de gamuza hasta las rodillas, sus bombachos y su corpiño de paño al cuerpo, á la cintura el cinturón, y del cinturón pendientes una espada medio oculta entre las redes de ancha bolsa, y un carcaj donde iban agudísimas y pintorescas flechas, en la una mano el lebrél y en la otra mano el águila real domesticada, componían el más numeroso de los grupos, mientras los gentiles hombres con sus túnicas de ricas materias, realzadas por el rameado de oro y plata, sus gorras cubiertas de plumage, sus collares de pedrería, sus caballos de empuje, sus más raros pájaros de presa al puño, y el arco á la espalda caracoleaban seguidos de sus escuderos y rodeados por bandadas de faisanes, los cuales parecían que saludaban á aquellos caballeros, como suelen saludar á los primeros actores las comparsas en arreglado teatro.

Más lejos todavía en el camino de Guido, más cerca de su casa feudal, veíanse montones de pan, odres de vino, bueyes asándose en hogueras gigantescas destinados todos á ser distribuidos entre los campesinos, y en tanta abundancia, que se diría banquete inmenso, preparado para una populosísima ciudad. Y en torno cuanto pudiera divertir al pueblo: este titiritero que sostenía una espada puesta de punta sobre la punta de la nariz; aquel domesticador que montaba con soltura amaestrado oso de los bosques, llevando tres ó cuatro monos sobre los hombros; el payaso de más acá que obligaba á una pobre yegua á que tocara con sus herraduras el címbalo á compás; el bufón de más allá, con botas carmesíes ribeteadas de verde, veste la mitad amarilla y la otra mitad morada, capucha de retazos multicolores terminando con una cabeza de burro, palo lleno de cascabeles en las manos y desvergüenzas en los labios, saltando con furia hasta caer rendido como un epiléptico; los arlequines que competían con los bufones en saltos mortales y dicharachos mortíferos; y por último las parejas de danza acompañadas por zampoñas, vestidas á capricho, y bailando la morisca, la milanesa, la pavana, la española, la gala, con posturas tan variadas que recreaban la vista, sobre todo, aquellas consagradas al baile por excelencia de las bodas y cuyo ejercicio consistía en moverse acompasadamente con cirios encendidos é impedir que sus compañeros se los apagasen; cosas todas muy propias de los mayores regocijos y muy deleitables á la vista, en aquella indescribible algazara. Por fin, dentro ya de los muros, á la puerta del suntuoso alcázar, veíanse los caballeros apercebidos para las fiestas caballerescas del torneo. A la derecha acababa de arreglarse la liza, toda ella circundada de

grandes lanzones sobre los cuales flotaban innumerables banderolas y adornada de trofeos en cuyas pulidas superficies de acero se miraban y se repetían los rayos del sol. Las galerías aparejadas para aguardar á tantas damas, brillaban por la variedad de sus tapices. Cada caballero, ceñida la armadura que el oro y la plata incrustados con arte hermozeaban, y que los flotantes plumajes de varios colores aligeraban, cada caballero, decia, llevaba á su lado el número de escuderos necesario, el de cuerpo, el de lanza, el de rodela, el de estribos, el de espuela, el de palafren, todos vestidos con singular riqueza. Al frente de estos grupos campeaban, ya los reyes de armas con sus mantos de tisú de oro á la espalda, cortados por los escusones en relieve; ya los heraldos con sus dalmáticas de terciopelo bordadas de heráldicos signos y las banderas en las manos. Los caballeros destinados á la liza iban todos con arreglo á tradicion y rúbrica. La espada que ceñían, recibíéronla de manos de un obispo, despues de haberla llevado colgada al cuello y despues de haberla probado, recibíéndola de plano sobre sus espaldas, bendecida por oraciones religiosas y consagrada sobre el ara de los altares. Antes de entrar en la liza todos se habian bañado, á fin de limpiarse el cuerpo, y todos se habian confesado, á fin de limpiarse el alma. Despues habian dormido en lecho mullido, signo del lecho que les reserva la bienaventuranza, y ceñídose camisa de blanco lino hilada por puras manos, á fin de que ningun pecado pudiese oscurecer su pureza. Los cabellos y barbas aparecian peinados y perfumados con esmero, que hermosamente debe celebrarse la hermosura; las vestes de color bermejo, como señal de los deberes contraidos en su profesion de verter la roja sangre por la virtud y el honor; las calzas de seda oscura, á fin de que el color sombrío recordara la triste tierra de donde salimos todos, y á donde todos volveremos; el cinto argentado, á fin de que su pureza mantenga en los riñones la necesaria castidad; las espuelas de oro, para que exciten al caballo, del cual debe tener todo caballero á un tiempo el ardor y la docilidad; la cofia que cubria su cabeza, blanca como una toca para que mantenga inmaculados pensamientos en la mente. Tras los caballeros, en estrados magníficamente compuestos, veíanse las castellanias de las cercanías, emparentadas todas con la familia de los Montapertos, preparando tres cosas principales, las divisas de varios colores para la armadura de los caballeros, las joyas de varia estima para los premios del torneo, y los versos de riquísimos metros para las cortes de amor.

Un cuerpo humano pasado por todos los tormentos infernales que ideara la religiosa piedad de los siglos medios, no sufriera lo sufrido por Montaperto en esta calle de amargura. Pudieran troncharle los miembros, roerle las fibras de las carnes, partirle en pedazos el corazon, triturarle uno á uno los huesos, hervirle la sangre en las calderas de Lucifer, tenderle sobre mares de plomo derretido para pasarlo luego á mares de hielo petrificado, y no

sufriera lo que sufrió aquel día, por su desorden, por su descuido, por sus olvidos, naturales consecuencias de su dolor y su desgracia. Padecia primero, antes que todo, sobre todo, su corazon desencantado. Llegó á creer que podia lucir todas sus riquezas ante los ojos de la mujer por quien diera alma y vida al diablo. E iba solo y maldecido, con el corazon saltándosele del pecho destrozado. La proximidad del goce no habia hecho otra cosa más que exacerbar su sed rabiosa y ennegrecer la triste realidad. A cada muestra de alegría, á cada reflejo de fiesta, á cada eco de los alegres cánticos, la sangre se le volcaba en el corazon, ahogándolo como una agonía prolongadísima á cuyo término, para más grave dolor, no estuviera la muerte, sino la uniforme reproduccion de la misma homicida pena. Y además de padecer su corazon, padecia su amor propio. Del encuentro primero con los siervos pudo salir por una salida muy feudal, á palos. Pero luego ya no podia ahuyentar de la misma suerte á sus vasallos más considerables y á sus parientes más nobles, todos empeñados en celebrar aquel momento que imaginaban á una dichosísimo, para agasajar unos á su señor, otros á su pariente, los más á su amigo y aliado con gratos agasajos. Así la gozosa algazara le aumentaba sus penas y le parecia una burla sangrienta hecha por la casualidad á su dolor. Mil veces acariciara el pomo de su espada para sacarla y lanzarse sobre sus filas, y mil veces se detuviera á la idea de que no estaba satisfecha la única pasion para la cual vivia, su venganza.

Necesitaba el infeliz compasion, y le ofrecian jácaras. Necesitaba quien llorase con él, y se reían cuantos le rodeaban. Pedía un duelo profundo en el exterior, semejante al duelo interno, y lo asaltaban con el espectáculo de fiestas, solo propias á exacerbar y recrudecer sus penas. Cuando le latian las sienas, taladradas por las espinas de sus ideas fijas, deliraban de alegría los que con él debian llorar. Cuando del pecho se le saltaba el corazon á los estremecimientos de una agonía moral, saltaban sus gentes de gozo. No hay dolor semejante al dolor producido por la comparacion entre la propia pena y la ajena alegría. La sociedad humana próvida para el hombre como la ciencia y la naturaleza, rodea de luto familia y hogar, cuando la muerte nos hiere en alguno de los seres queridos, extendiendo el dolor para quitarle intensidad. Pues, de igual suerte, debiera proceder con todas las penas que nos destrazan el alma. La compasion, el sufrimiento compartido, nos alivia mucho. Y por lo mismo nos exacerba la pena y nos atenacea las entrañas el regocijo junto á nuestro dolor, el cántico junto al sollozo, la música que suena en los aires, mientras dentro de nosotros mismos resuena la tempestad, el placer delirante, cuando se rompe el corazon en mil pedazos. Guido no se dominaba en el grado que hubiera deseado su palabra y su fisonomía. En el acento de la voz y en el destello de los ojos revelaba toda su pena. Y á la verdad no habia menester grandes revelaciones, si consideraba que iba solo, y esta idea sobraba por completo á la justificacion de sus evi-